

Divagaciones de un lector con sueño, en torno a «LOS SEXOS, EL AMOR Y LA HISTORIA», de Pedro Caba

I

CONOCIMIENTO Y NOTICIA

TRES son las maneras de conocer a un hombre. La primera, el tener conocimiento de él por referencias de extraños. Pero, a esto, apenas si podemos llamarle conocimiento, por cuanto la versión que de él nos llega es según como cada uno le ve; y, de esta forma, cualquier idea que de él quisiéramos forjarnos estaría sometida a tantas variaciones como puntos de vista nos fueran expuestos.

La segunda, el conocimiento de su obra, que es ya tener conocimiento del hombre, por cuanto si, como quería don Miguel, el hombre es hijo de ella, por la madre podemos intuir lo que el hijo siente y, si al contrario, es la obra hija del hombre, éste ha puesto en ella su espíritu, que es lo que de él nos interesa.

Y, por último, hay la tercera, que es la más incompleta: contemplar su presencia física, estrechar su mano, charlar con él.

Ninguna de las tres, en cuanto a Caba, autor de «Los sexos, el amor y la historia», alcanza un lejano arraigo en mí. La noticia la tuve hará unos cinco o seis años. Amigos suyos de azarosas circunstancias me lo situaron, con su recuerdo, en Madrid, salpicando el forzado quehacer de su profesión con evasiones literarias y oratorias. Y aunque la noticia vino por diversas fuentes, no sé si la figura que se me cuajó entonces o la que se me ha ido reposando después, cuando las palabras han pasado a un segundo término y sólo ha quedado de ellas el espíritu, me dejó el regusto de una gran capacidad en el hombre. Podemos poner en nuestras referencias más cariño o más desvío, sazonarlas con ditirambos o exponerlas con académica frialdad, pero el tono con que se dicen, si dejamos que lo que el oído percibe resuene en nuestro interior, denunciará el valor que unas y otras tienen. Y, de esta ocasión, solamente sé decir que, olvidadas las palabras, de ellas me flota una como a especie de vanagloria de mis noticiadores por llamarse amigos de Caba.

El conocimiento es mucho más inmediato. Las noticias siguieron. La de la aparición de su libro, el libro que se sobrepone a mi pereza y me obliga a trazar estas divagaciones, en Mayo del año anterior, 1948, en el «Pregón literario» que el editor Aguilar me envía. Tal vez luego su presencia en los escaparates. La nota cariñosa en una revista de feria, donde ya se perfilaba la idea de un homenaje y luego éste, que supe tarde, pero al que en manera alguna hubiese asistido, por en-

contrarme cohibido allí donde todo me es extraño. Poco expansivo por naturaleza, el alejamiento de toda tertulia literaria me hace huraño. Y me encuentro en mis glorias con un buen libro al lado y cuando me doy a estas intrascendentes divagaciones, a las que, por desgracia poco tiempo puedo dedicar. Pero no es para hablar de mí por lo que estoy ante la máquina.

Con esas noticias de Caba, el aguijón de mi curiosidad, que me roba bastante tiempo ante los escaparates de las librerías, me empujó a la adquisición del libro. Pero—he aquí la confesión de un hombre pobre—en la batalla reñida entre mi afán por conocer y las posibilidades de mi bolsillo pudieron las segundas. Y en las manos no me quedó sino el recuerdo de un volumen de apretada letra que rápidamente hojé.

Fué luego el destino quien trajo a mis manos el libro, prestado por unos días, para una lectura fugaz. Este fué el propósito, y otros los hechos.

Quien graciosamente me dejó saborearlo ha tenido que acuciarme en varias ocasiones para su devolución, que ignoro con qué razones, tan difícil de palabras, he podido ir retrasando.

Pero ¿por qué la demora? Apenas comenzado comprendí que no podría cumplir mi promesa de leer de prisa. Se originó un atasco de curiosidad, y junto al libro hube de poner papel y pluma y anotar. Es un modo de hacer doloroso lo que buscamos como placer. El ir subpensando con el autor no tiene más recompensa que el contento de sentirnos tocados por una llama creadora que sospechábamos apagada. El reencenderla va en mérito de otro, pero nos consuela el sabernos no dormidos del todo, y quizá un poco la esperanza de que allí esté el sol que nos rescate de nuestro invernal letargo. Como quiera que sea, pero ello mirado desde un punto de vista subjetivo. De lo que no cabe duda, es de que el placer que nos prometíamos no va a existir. El leer por leer debe ser delicioso; cuando se apresura un libro entre las manos, se le dedican dos horas, se llega a su última página, se incorpora uno, se despereza y, haciendo una pirueta, dibuja una sonrisa de contento y lanza el libro para no volver a acordarse de él, debe tener su encanto. Pero a mí no se me alcanza.

Y, de esta manera angustiada, he ido conociendo, pedacito a pedacito de noches gélidas en la calle, pero de calor apasionado en mí a Pedro Caba.

Personalmente no sé aún cómo es.

II

UN LIBRO DE INVIERNO

La lectura de cada libro requiere su clima. Como la de lector es una profesión que nadie se atreve a poner en sus tarjetas, serán muy pocos los que se hayan acondicionado un rincón propicio para ello. Mas, por lo común, se lee apoyando el volumen sobre una mesa o sosteniéndolo entre las manos. De este último modo gusta

la lectura ligera, por pasatiempo. Y buscando, al arrullo de la musical prosa o del juego de ingenio, una postura casi horizontal.

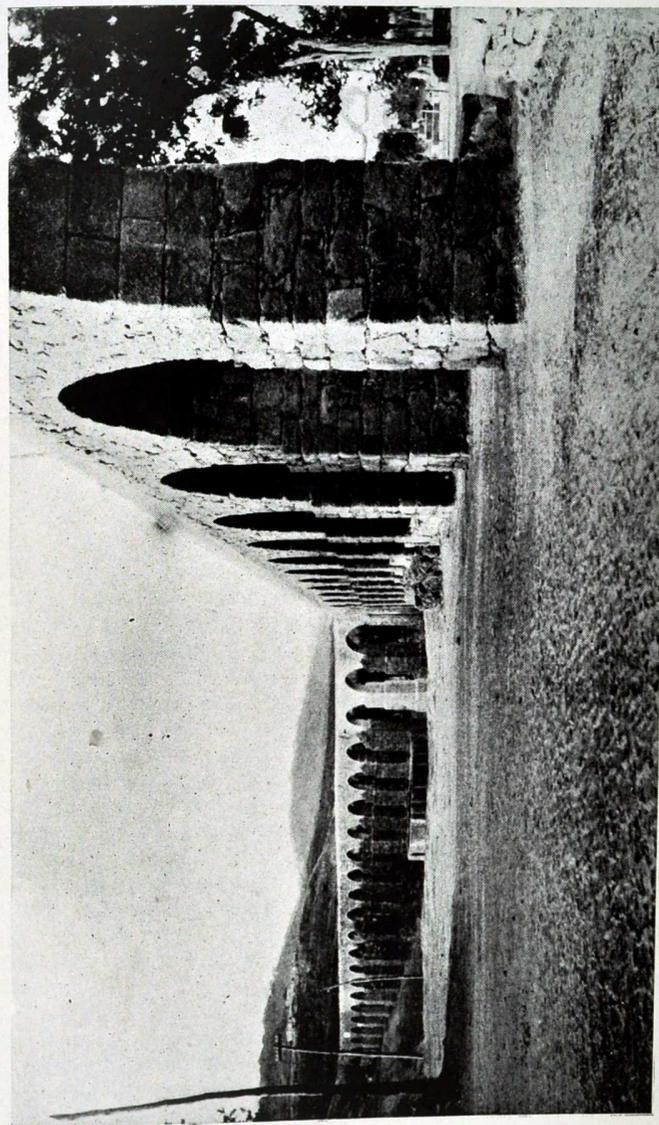
Pero con Caba no puede hacerse eso. Primero, porque el peso del libro no deja tenerlo en las manos; segundo, porque si se lee aceptando la invitación del autor, esto es, con un afán polémico o crítico o, siquiera, para calar hasta el último intersticio la intención de sus páginas, habrá de estar rodeado de cuartillas y otros libros. De cuartillas, para anotar. De otros libros, por lo menos de uno, para consultar. Este libro ha de ser un diccionario. Y no el de la Real Academia porque—¡por Dios!—no ha de estar purgado de todos aquellos vocablos que os salgan al paso. Ha de crecer en él la mala hierba de todos los *ismos* rechazados o aun no aceptados. Todavía así, os asaltarán muchas palabras cuyo sentido solamente encontraréis en los vocabularios de libros de ciencia.

¿Es que peca Caba de confuso por ello? Si se atiende a la extensión de su libro y a las materias de que en él se trata, no. Cuando son términos técnicos, se le vienen a los puntos de la pluma como un rodar de las citas que estampa; cuando son palabras desconocidas por el desuso, ya cuida de darlas, al formar el período, acompañadas de otras u otras, sinónimas, que aclaren su significado.

Entre los escritores y los académicos hay entablada una lucha a muerte, en la que siempre los primeros, por más revolucionarios, acaban venciendo. Las palabras que se incorporan al léxico traen una fuerza nueva de nueva cosa, que pone en oídos puristas tanta ofensa como temor en los corazones de los apegados a la tradición. Pero igualmente que hemos ido desterrando el arado romano, el norial camino sin fin para extraer agua o la rechinante diligencia para trasladarnos de uno a otro sitio, así habrá que ir olvidando también las palabras que los definen, teniendo que admitir aquellas nuevas de cosas recién creadas.

Mas no es ésta la cuestión. De esta lucha entre académicos y escritores, y de comprender los primeros que para las cosas viejas no deben emplearse nombres nuevos, le nació a uno que lo era de la Francesa, Emilio Faguet, autor de un «Arte de leer», la sospecha de que hay muchos autores que, hecho el libro, se dicen: «Bueno, la obra está terminada. Ahora no falta más que ponerla difícil»... Y se encierran en su despacho a tergiversar lo que han parido.

Mas, repitamos, no es éste el caso de Caba. Si comienza teniéndonos, tanto en el lenguaje como en las citas, sometidos a la tortura de apartar nuestra atención de lo que leemos, luego se cura de ello. Se le reprocha, al comienzo, el uso de tanto vocablo que indica la constante lectura del diccionario, pues no hay memoria capaz de mantener vivo el significado de palabras que no se usan, y menos con la abundancia con que él las prodiga. Y se acusa la presencia de la consulta mucho más cuando, como queda indicado, vienen acompañadas de su o sus sinónimas. Dos solos ejemplos: «...vive pasándose de una tertulia, de una corrobla o reunión, en otra»; «... la procrastinación, es decir, la voluntad silenciosa de no terminar la obra»...



ALBUM EXTREMEÑO: Plasencia.—El Acueducto

En cuanto a las notas, comienza salpicando su libro de ellas; notas que luego van espaciándose, dejándonos una sensación de como si empezase con trabajo, necesitado de ayudas, hasta que, dueño de tema y letra, suelta las andaderas, infla la vela de su pecho el viento de su inspiración y, balandro hecho flecha, surca el mar blanco y pequeño—¡tan inmenso!—de la cuartilla, sin volver la cabeza al suelo primitivo.

Estas circunstancias, que dan a su obra una insospechada extensión—y volviendo al punto de partida—son las que me han obligado a calificar al libro como libro de invierno, y estos comentarios divagaciones de un lector con sueño, tal vez porque ha sido en invernal época cuando lo he leído y porque el tener dos inquietas criaturas a mi alrededor, que se empeñan en arrebatarme de las manos cuanto tengo en ellas, y cuando nada tengo trepan sobre mí en endiablados asaltos, me ha obligado a buscar las últimas horas de la noche, cuando todo se reposaba, y contra mi necesidad de descanso luchaba el gusanillo de mi interés.

III

CITA CON EL AUTOR

En su Introducción, Caba pide «no indulgencia, sino comprensión, y más que comprensión, juicios críticos y aun polémicos»; pide «discusión incluso apasionada y hasta descompuesta»; pero quiere que sea «bien intencionada y fecunda; discusión ganada por el entusiasmo y no por el bizantinismo».

Me es grato acudir a la cita. No ya por expresa invitación de quien así lo desea, sino porque el lado crítico de mis lecturas me impulsa a un eterno soliloquio, baldío por no hallar ecos en conversaciones con los demás. Voy a procurar que mi pensamiento quede claro, y seguramente que un poco sin orden ni regla iré aplaudiendo u oponiendo reparos allí donde así mi sentir me lo dicte.

Ya dije que no conozco al autor. Ahora tengo que hacer otra confesión, que tal vez resulte innecesaria, puesto que yo, para quien escribo, ya lo sé. Es ésta: estos juicios hallarán su sepultura, junto a otras muchas líneas que han llevado igual camino, en un estante o en el cajón de una mesa hasta que, un buen día, la necesidad de espacio me haga desprenderme de ellos, como hacemos con todo lo que se marchita, aunque alguna vez perfumase nuestra existencia. Y poco importará, en tal caso, al autor mi pensamiento. Tan sin cuidado podrán tenerle mis elogios como mis censuras, mi reconocimiento de su razón como la oposición de mi manera de ver. Pero esto me permite decir que, en la que sigue, irá mi sinceridad plena, remontándose por sobre mezquindades de oficio—que no cultivo—y alcanzando el ideal grado de conversación que aquel punto de donde viene la cita requiere.

Mi intención será buena. Si alguna vez no lo pareciere así, es que, téngase la seguridad, no ha logrado mi maestría, desentrenada, doblegar a mi pensamiento las palabras, y éstas, enredándoseme, me

habrán obligado a decir lo que no quería. Aunque me resisto a la creencia de que el vehículo pueda al conductor, a no ser que éste se abandone a la suerte del acaso.

Y aun, si yo fuese fatalista, podría aducir otra razón de nuestras posibles divergencias. Diría que el destino nos ha hecho opuestos en el espacio y en el tiempo. Cuando me aseguran que él estaba en este Cáceres, por razones totalmente ajenas y aun contra su voluntad, mi libre albedrío me tenía en esa Valencia donde ahora alienta. Nuestros papeles, en el estar, se han trocado. Reside allí donde viví, quizá por su libre voluntad, y habito, ajeno a la mía, donde él estuvo. Pero que el hado tuviese intervención en estos desplazamientos geográficos y cronológicos no significa que nuestros espíritus estén sometidos a un inexorable movimiento de rotación, indesplazables, sin encontrarse jamás. Esto vamos a verlo seguidamente.

IV

LAS INFLUENCIAS EN EL ESCRITOR

En las confesiones que Caba hace en la Introducción de su libro, hay una que sobra: aquella de que el sesenta por ciento de su haber intelectual lo debe a Ortega y Gasset. Esto lo dice en la página XXV de ese proemio, y lo va repitiendo en cada una de las seiscientas y pico de páginas que le siguen. Si bien en aquella con palabras y en éstas con sometimiento a una manera de hacer. Hasta en esto, que al maestro le acusa, lo deja bien patente y «con harta frecuencia, se dispensa a sí mismo de alguna vigilancia y contrastación de sus ideas, haciéndose blanco tentador a la mente menos venatoria».

«A lo largo de este libro—dice—, se verá frecuentemente citado el nombre de Ortega, y casi siempre para contradecirle.» Menos de lo que Caba cree. Porque ya reconoce: «Le sigo, pero refunfuñando».

Ya. La constante lectura de un autor—y mucho hay que leer para leer a todo Ortega—engendra obsesión de él. Obsesión, hasta en un alma sana, hasta en la menos apasionada. Pues ¿qué no ha de obrar en un alma enferma? Porque eso es el escritor. En una reciente conferencia de Maurois en el Ateneo de Madrid, el biógrafo de Disraeli recordaba una definición de Proust, según la cual el literato es un inadaptado, con un dolor moral debido a una circunstancia de su vida, y que esa sensación de desgracia le hace concentrarse y ver las cosas con mirada diferente, aprendiendo a exponerlas con belleza.

En efecto. Al escritor le va dejando todo—la vida, las lecturas, las conversaciones, su eterno observar—unas adherencias que llegan a serle molestas, a impedirle casi el sosiego, a estarle clavadas constantemente en la llaga de su sensibilidad. Y cuando ya no puede con esa carga, se retrae, se aísla, se encierra en su cuarto de trabajo, que es su quirófano, donde disecciona cada uno de los asaltos que le llegan del exterior y los ecos que en su interior resuenan, y se somete a una operación: la de raerse el alma hasta lo más profundo, ex-

trayendo aquello que no le deja vivir y le convierte en ser tan distinto de los demás.

Y vuelve, incurable, a su cosecha de desasosiegos.

Muchos son los que una obra tan prolifera como la de Ortega debe sembrar en sus apasionados. Y, así, Caba, aun refunfuñando, le sigue. Y habría de seguirle, aunque no fuese su admirador; aunque solamente se hubiese asomado a él por un hecho fortuito de mera curiosidad. Es lo que lleva, por citar sólo ejemplos actuales, a Espina al estudio de la vida y la obra del enamorado de Granada, que se muere de lejanías y termina su agonizar rompiendo el espejo del camino de cristal ruso-letón, quién sabe si con nostalgia de caricias de algún lago finés. A Espina, que se ve obligado a advertir: «Nunca sentí gran atracción por la figura de Ganivet». Pero dando la plena razón de ésa, tan inexplicable, de ocuparse en extenso de lo que no le inspira atracción; «Ella se obstinaba en colocarse delante de mi vista». Y es eso mismo que a Julián Marías, discípulo predilecto del Ortega que a Caba, a pesar de Caba, guía, estudiando a Unamuno, al escritor y al hombre, principalmente en sus novelas, allí donde el gran agónico más agonizaba, plasmando en personajes sin ropaje de tales, en espíritus enhiestos y sin protección carnal, el «sentimiento trágico de la vida» que apenas si logró aprehender en el libro que le obligó a este título. Marías le ve «cruzado por errores filosóficos y religiosos», pero cree interesante esforzarse «por penetrar el sentido de su obra, que es, rigurosamente, un problema de filosofía».

No basta, amigos. El escritor, dueño del lenguaje, y cree que de su pensamiento, puede hacerse a la ilusión de que escoge sus temas. Mas cuando ellos se le ponen delante será inútil cuanto haga por apartarlos. La mejor manera de vencerlos será atacarlos de firme y exprimirlos hasta que den el último goterón de su zumo.

Cuando, en una obra de imaginación, a un personaje se le pone entre ceja y ceja salirse del camino que su autor le trazó, inútil es que éste intente reducirlo a los términos previstos, porque aquél, como cobre vida, vida propia y verdadera, dirá cuanto tenga que decir, aun en contra de todas las advertencias y descripciones limitativas que de él haga su creador. Pues, ¿qué? ¿No fué eso lo ocurrido a Cervantes con Sancho? Reparen en ello los lectores de «El Quijote», si aun los hay, y vean que, contra lo que de Sancho se dice, éste resulta muy superior a lo que quieren que sea.

Y si a un ente de tu imaginación no puedes domeñarlo, ¿cómo has de poderlo hacer con un hombre verdadero, o con una idea que ante tí se planta, reclamándote tu atención, robándote el sueño, haciéndote ir por la vida como una sombra, porque no vas en tí sino inmerso en ella, en la idea?

De aquí que Caba, rezongando y maldiciendo, siga a Ortega. Y de aquí que, aunque otros fueran sus propósitos, no le haya contradicho tanto como se imaginó que lo haría.

Sin embargo... Todo espíritu tiende a la liberación y, así, apenas el discípulo ha visto que el profesor vacilaba, se ha independizado y

campado por sus respetos, jalonando de puntos de vista contrarios un casi su eterno tema: el de la mujer. Aquí aplica a su maestro una expresión que luego le servirá para calificar también a los humoristas, llamándole «deportivo patinador de superficies brillantes». Y le acusa: «En cuanto en su paisaje mental columbra una corza al fondo, se siente obligado a delicuescer en coruscantes galanterías». Y le pierde todo respeto y toda veneración para compararlo a «un diplomático o a un dependiente de comercio, que se siente obligado a la sonrisa, al piropo, a la confidencia y a la comprensión indulgente».

Aquí sí que el astro y su satélite están totalmente divorciados, porque aunque Caba, con toda la galanura de su palabra y toda la brillantez de su estilo, quiera atenuar el efecto, se le nota, siempre que trata de fémina, un resabio de rebajamiento que no compensa, siquiera, cuando le dedica sus mejores gentilezas, como en el intitulado ensayo de «El hogar, la plaza y la puerta de casa», ni cuando, en la página 429, escribe: «Maravilloso es, en efecto, todo nacimiento; hasta el punto que ello sólo asciende mágicamente a la mujer, embelleciéndola como madre», algo así como un eco de lo de que «toda mujer, al sentirse madre, se adoncella», de Unamuno.

Nada de esto, por muy bello que suene, lleva la fuerza de esto otro, de que el libro debiera estar purgado: «El alma de la mujer es bífida, como la lengua de la víbora. En ella se cruzan rumbos para el bien y para el mal. Nadie más generoso y abnegado que una madre tierna o una esposa enamorada. Pero también nadie como la mujer para sentir la ternura del odio, la poesía del insulto, de la afrenta o de la traición; nadie con un sentido tan voluptuoso y artístico del mal». Parece que ha puesto freno a su expansión; «Cuando la mujer es pura, todo es puro en la mujer, desde el cuerpo hasta las intenciones». Mas nuevamente se despeña: «Pero cuando en ella triunfa plenamente el «demonio de la sexualidad» y surge la harpía o la furia, todo en ella es malo, desde el aliento hasta las ideas. Es decir, que aquella dualidad de posibilidades se le vuelve unidad de realizaciones, así en el bien como en el mal. De una misma raíz psicológica brota la infinita abnegación purísima de la Hermana de la Caridad y la abyección de la prostituta».

Y casi es esto peor: «Dios no ha hecho más que una sola edición femenina, en tanto que cada varón es un ejemplar único de la insólita tirada humana».

No, desde luego, no está de acuerdo con Ortega. Pero casi en esto únicamente.

CÁSTULO CARRASCO



Estrella de la mañana ⁽¹⁾

(POESÍA A LA VIRGEN)

A mi padre, con mucho cariño.

Una noche, (triste noche de mi vida
saturada de amarguras y nostalgias),
por los campos silenciosos y desiertos de mi tierra,
con el alma entristecida... caminaba...

Las estrellas, presidiendo los espacios infinitos de los cielos,
entonaban de la noche la fantástica romanza.
Y las sombras de los pinos, agitados por el viento, en torno mío
semejaban de mis penas la funesta cabalgata.

¡Tristes noches de la Vida!! Engañado por placeres pasajeros
tus amores suspiraba
anhelando que tus ojos se cruzasen con mis ojos,
por los campos de mi tierra te busqué, Reina adorada.
Mas, la noche era tan triste...

.....
Sin embargo, entre canciones y perfumes llegó el alba.
Perezosas, lentamente, se borraban las estrellas.
Una sola siguió inmóvil, titilando. (¡La más blanca!)
Y al mirarla (¿Lo recuerdas?) «¡V! tu rostro sonriente!»
Eras Tú, que me mirabas disipando mi nostalgia.
Eras Tú, que en tu palacio de la gloria,
para verme... por la estrella te asomabas.

Riolobos, Junio 1949.

JOSÉ LUIS MAJADA

A CRISTO JESUS

Esta dicha, Señor, que mi alma anega
en dulzuras de paz nunca gozada.
—luz y rumor de una íntima alborada
rasgando brumas de tiniebla ciega—,

es el agua lustral con que me riega
tu inmenso amor el alma fatigada
de seguir embelecidos. La posada
en el camino de una ruda brega.

El pensar que has pagado mi desvío
con moneda de afectos extremados,
¡cómo rinde y obliga al pecho mío!

¡Ya soy tuyo, Señor! Crucificados
en la Cruz de tu Amor, tengo, inmolados,
voluntad y razón, fe y albedrío.

Salamanca, 1947.

ADOLFO MAILLO

(1) El autor de esta poesía es un joven seminarista que cuenta dieciséis años de edad. Para alentarlo en sus aficiones literarias nos complacemos en dar a la estampa esta inspirada composición.